

INFO SS.CC. HERMANAS N°24 – 23 DE MARZO 2015

¡REMA
MAR ADENTRO!



Las mismas palabras que Jesús dirige a Simón Pedro “*Rema mar adentro y hecha las redes para pescar...*” (Lc 5 4-5) nos las dice a nosotras hoy. Este texto evangélico puede iluminar muy bien el camino que estamos recorriendo como Congregación.

También a nosotras el Señor nos pide, dejar la orilla, bogar mar adentro; lejos de nuestro terreno habitual y conocido, lejos de nuestras amarras y de todo aquello que nos impide buscar y descubrir lo que Dios quiere. Jesús nos pide adentrarnos en las aguas profundas, donde se encuentra la novedad y la pesca mejor.

Remar mar adentro supone arriesgarnos a ir más allá de nuestras seguridades, poniendo la mirada en el horizonte, con la esperanza y confianza puesta en el Señor que siempre nos invita a ir más lejos. Pedro y sus compañeros se fiaron de las palabras de Jesús, y echaron las redes. ¿Qué nos impide a nosotras hacer lo mismo?

Jesús nos pide adentrarnos en las aguas profundas, donde se encuentra la novedad y la pesca mejor

El proceso de Congregación que estamos viviendo, nos necesita disponibles: para dejarnos conducir por el Espíritu, para remar mar adentro, para entrar en lo profundo de nuestro ser y descubrir lo más auténtico que nos habita. Pero ir más adentro, no es tan fácil como pudiera parecer, dejar la orilla de lo conocido y seguro cuesta mucho. Teilhard de Chardin decía: “*Cuando bajaba a lo hondo de mi ser, llegó un momento en que dejé de hacer pie y parecía que me deslizaba hacia el vacío*”. Dejar de controlar las situaciones como estamos acostumbradas y lanzarnos a un futuro sin verlo todo claro, nos exige renunciar a lo más seguro de nuestro yo y dejarnos llevar por Jesús y su Palabra.

Nuestros Fundadores recibieron y vivieron una vocación y una misión encarnada en la realidad del momento concreto que les tocó vivir; ellos entendieron el alcance y la primacía del Amor de Dios. Este Amor fue la brújula que los animaba, fortalecía y enviaba a “*remar mar adentro*”, y a recibir el impulso para anunciar el amor misericordioso de Dios, en aquellas realidades concretas donde el corazón humano necesitaba amor y reparación.

En este momento de nuestra vida congregacional, el Señor nos pide igual que a nuestros Fundadores, cimentar nuestra vida y misión SS.CC. en la primacía del Amor de Dios y adheridas a la roca que es Jesús “*remar mar adentro*”, ir a la profundidad de nuestra consagración y a la profundidad de nuestra misión.

“remar mar adentro,” ir a la profundidad de nuestra consagración y a la profundidad de nuestra misión

Estamos llamadas a dejarnos orientar por Jesús y su Palabra “*hecha la red a la derecha....*” (Jn 21,6), y dejar que la vida abundante que Jesús nos ofrece llene nuestra vida, la de nuestras comunidades y la de nuestras pastorales.

Como nos dicen nuestras últimas Decisiones Capitulares, “*existimos para acoger la vida que nos viene de Él, multiplicarla y ofrecerla a todos*”. Sólo entonces podremos “*ser portadoras de un carisma que tiene mucho que aportar hoy a un mundo con situaciones de división y ruptura, necesitado de una imagen de Dios que le recuerde la misericordia y comunión; un mundo con espacios de pobreza y sufrimiento que necesitan reparación y compasión; un mundo separado con frecuencia de Cristo que necesita el testimonio de la cercanía y el amor de nuestro Buen Dios*” (35° Cap. Gen.). Solo entonces podremos ser mujeres audaces y atrevidas que se lanzan a “*remar mar adentro y a echar las redes*”, que a pesar del cansancio de la noche infructuosa, escuchando y confiando en las palabras de Jesús, vuelven a echar las redes una y otra vez.

Sabemos que en lo profundo del mar los riesgos son más fuertes, es ahí donde la fe de Pedro se tambalea. Y posiblemente nosotras no somos más fuertes ni más sólidas en nuestra fe que los discípulos de Jesús. En nuestro proceso de Congregación, a lo mejor tendremos que enfrentar momentos de insatisfacción, inseguridad y miedo, donde sintamos que nuestra fe se debilita, pero también donde volvamos los ojos a Jesús y gritemos como Pedro “*Jesús sálvame, Jesús sálvanos*”.

En la escena de la “*pesca milagrosa*” los discípulos están juntos “*hemos trabajado toda la noche ...*”. De la misma manera el Señor nos llama a “*remar mar adentro*”, pero juntas como un cuerpo, y así unidas y en comunión, podremos enfrentar las incertidumbres y esterilidades de la noche, y alegrarnos con la vida abundante que surja cuando llegue la mañana.

Una vez más estamos llamadas a poner a Dios en el centro de nuestra vida y misión, con una actitud de confianza incondicional y como nos dice la carta a los Hebreos “*corramos con constancia, hacia la meta que tenemos por delante, fijos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe*” (Heb 12,2). Él es el punto de partida y la meta de nuestra FE. Sólo cuando aceptamos a Jesús con el corazón y cuando les decimos como María “*SI*”, el Señor hace maravillas en nosotras; entonces podemos decir como María y con María: “*proclama mi alma la grandeza del Señor...*” (Lc 1, 46-48). No es fácil, necesitamos una fe muy grande. Y la fe es un don de Dios. ¡pidamos con humildad ese grandioso don! Digámosle al Señor que ojalá también nosotras, como Pedro, creamos en Él y obedezcamos su palabra: “*Rema mar adentro y hecha las redes...*”.

Vivir desde esta dinámica sólo es posible, si cultivamos un profundo espíritu de oración que nos lleva al encuentro con el Señor y a estar centradas vitalmente en su Palabra. Es la Palabra la que nos ayuda a descubrir la presencia del Señor, incluso en los momentos de aparente desilusión, cuando la

Es la Palabra la que nos ayuda a descubrir la presencia del Señor

fatiga parece inútil, como les sucedía a los mismos apóstoles, que después de haber trabajado toda la noche, exclamaron: “*maestro no hemos pescado nada*” (Lc 5,5),

son estos momentos cuando hay que abrir el corazón y dejar que la Palabra actúe con toda su fuerza.

Después de haber vivido un tiempo de “*revitalización*” tanto a nivel personal como comunitario, hemos iniciado una segunda fase dentro de nuestra “*Hoja de Ruta*”, “*la revisión de obras y presencias*”. Una fase que no la podemos vivir desarticulada de la anterior, al contrario, tiene que estar en constante referencia a ella. Una fase donde tendremos la hermosa oportunidad de agradecer

y potenciar la vida que fecunda nuestras obras y presencias, así como también será la ocasión privilegiada para escuchar al Señor que nos dice: “*rema mar adentro, hecha las redes para pescar*”. Una invitación y una llamada a mirar más allá, a mirar a otros espacios de los acostumbrados, con la conciencia de que nuestro lugar no es la orilla; el Señor nos quiere remando mar adentro, donde podamos hacer más visible el amor misericordioso de Dios.

Hablar del amor misericordioso de Dios en estos momentos, nos conecta directamente con la experiencia pascual que el Señor nos invita a vivir en los próximos días y para la cual nos hemos preparado durante la cuaresma que estamos concluyendo. Una experiencia marcada por el amor del Padre hacia la humanidad, una experiencia marcada por el triunfo de la vida, por el triunfo del Amor. En el camino de Congregación hacia el “nuevo rostro”, estamos llamadas a “elegir la vida a elegir el amor”, acogiendo al Señor Resucitado en el corazón de cada una de nosotras y en el corazón de nuestras comunidades.

**el Señor nos quiere
remando mar adentro,
donde podamos hacer
más visible el amor
misericordioso de Dios**

Vivamos este tiempo de Pascua, como un tiempo de novedad y de gracia en nuestro caminar de cada día y en nuestras búsquedas de Congregación. Como un tiempo en el que la fuerza del Espíritu nos empuja a “*remar mar adentro*” y adentrarnos en la fuente de la compasión y la misericordia del Corazón Traspasado de Jesús.

Que Cristo Resucitado sea la fuerza en nuestro caminar.

“Felices Pascuas de Resurrección”